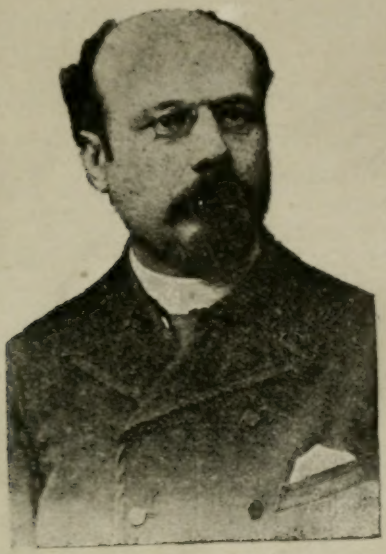
3 1761 07286745 0

0
797
3827
58

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/misnotas00lazc

JAVIER LAZCANO COLODRERO



MIS NOTAS

AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES

BUENOS AIRES
1571 - CALLE RIVADAVIA - 1573

1921

Para el talentoso poeta de la
nueva cruzada, Atilio García y Me-
Clid, este re-
cuerdo, que por ser de mi padre
también mío.

Godofredo Lazcano
Colodrero

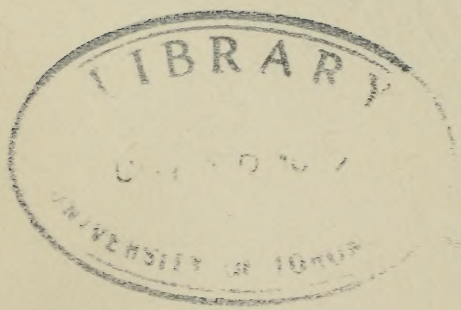
JAVIER LAZCANO COLODRERO

MIS NOTAS

Córdoba, julio de 1921.

1921

PQ
7797
L3827
M58



Este libro

Dos cosas me han guiado para buscar el título de este libro: una, que acomodara a todas las composiciones que él contiene, donde las hay de índole diversa; y otra, que fuera fiel reflejo de la vida humildísima y sencilla del autor, que nunca gustó de las falsas ampulosidades en las obras literarias, ni en el fondo ni en la forma. Ateniéndome a ésto, yo creo que MIS NOTAS está bien.

Mucho trabajo me ha costado recolectar las poesías de mi padre, a pesar de que aquí no figuran todas las suyas. Y me ha costado en consecuencia del concepto que la popularidad le mereció: la mayor parte aparecen firmadas con seudónimos, y ha sido verdadera labor descubrir a ciencia cierta cuales le pertenecían.

Tenía ya para este libro una biografía íntima de su autor. Pero tal vez si la incluyera se diría que he aprovechado la oportunidad para el elogio. La dejo para otro lugar y para otro tiempo. Quiero que la obra haga

el comentario de quien la hizo, ella sola, sin ayudas. Así me dijo una tarde, revolviendo diarios viejos, el padre de mi corazón.

El veinte y cinco de abril de este año,yo no sé si de gracia, como a todos les llaman, o de desgracia, como son todos para mí, se cumple el primer aniversario de la muerte del dueño de estas notas: que ellas vayan hasta la paz de su sepulcro como el más vivo recuerdo de su familia, y ya que todas nacieron en la calma del hogar hoy dolorido, le lleven el mensaje de su amor que no muere.

GODOFREDO LAZCANO COLODRERO

Córdoba, 1921.

Javier Lazcano Colodrero

Un hombre de talelento, de distinción y de rara bondad acaba de terminar sus días en Córdoba, donde vivió su vida de afectos íntimos, de estudio y de consagración al mejor oficio conocido: el de enseñar y educar a la juventud. Le profesaba yo un cariño filial y un culto tan intenso como silencioso, pues durante mucho tiempo nos sostuvimos en nuestra recíproca y segura amistad, sobre la fe inquebrantable, más poderosa que las continuas declaraciones y ceremonias.

Lo conocí al poco tiempo de mi permanencia en el internado del Colegio de Monserrat; y no recuerdo ya cómo se inició nuestra más próxima relación, aparte del obligado acatamiento que yo le debía, como alumno sometido a su vigilancia de Prefecto de estudios. Recuerdo su noble, sereno y dulce aspecto de padre joven y amable, sentado o paseando sin ruido por entre las avenidas de bancos de la enorme sala de estudios en común, en la segunda hora nocturna, después de nuestro breve recreo «d'aprés dinner».

Era la hora en que yo más me distraía en

pensamientos propios, por la misma razón que nos mandaban ocuparnos de estudiar pensamientos ajenos. Más de una vez, en reemplazo de mi aritmética, mi gramática o mi geografía, me pasaba la hora haciendo figuras o copiando retratos de cualquier historias o escribiendo de mi cabeza las primeras tonterías literarias. «Don Javier», como le llamábamos todos, algunas veces se acercó a mi lado, fijó sus lentes lindos, de reluciente oro, que limpiaba con excesiva frecuencia con su pañuelo, aburrido también como nosotros de hacer cosas mandadas, y me dijo:

—Amiguito, me parece que usted no estudia; lo veo siempre distraído y como si hiciera versos.

Pero no me reprendía, y aun creo que se empezó a preocupar de mí más que de otros condiscípulos. Y a mi me gustaba mucho cuando se me acercaba, porque, además de su limpieza, su bondad y el timbre musical de su voz, a la que contribuía su acento cordobés, el corazón me decia que yo tendría que ser amigo suyo.

No tardó un inspector riojano en llamar su atención sobre mí, en llevarme al ángulo sombrio del claustro, donde tenia «Don Javier» su habitación, y en hacerme entrar en más frecuente trato con él Descubrí entonces que era poeta; y a mi, que desde mi escuela de la Villa Argentina, de La Rioja, ya me había picado ese insecto venenoso, me interesé doblemente, porque

vi en él un confidente tolerante de alguna posible tropelía poética, que yo tuviera «in mente» contra la más inofensiva de las nueve musas.

Para que mis lectores comprendan mejor este episodio de mi vida colegial, es indispensable que les cuente cómo en mi aldea nativa, en la alcoba de la casa de mis abuelos, de Nonogasta, donde íbamos a pasar nuestras vacaciones, ya me había dado largos baños en las fuentes de la literatura clásica española, en una abundante biblioteca del género, dejada allí por un estudioso de la familia. Y la gran sorpresa de mi amigo el Prefecto fue al enterarse de mis relaciones, aunque infantiles, con Lope, Moreto, Calderón, Moratín, Hartzenbusch, Zorrilla, sobre todo éste, que me traía sorbido el seso con sus «Cantos del trovador», su «Poema de Granada»; y de alguna que otra sambullida en el vago misterio del «Genio del Cristianismo», que solía leerle a mi madre durante los crepúsculos de oro del Famatina.

Los primeros maestros de uno lo toman siempre como una especie de bestiecilla salvaje; porque, como su oficio es enseñar, se imaginan, de buenas a primeras, que el estudiante va a desayunarse con ellos hasta del alfabeto. ¡Ah, y qué libros bonitos tenía, y qué raros, y con qué avidez los miraba yo, como si hubiera de entenderlos! La razón más substancial de mi grande apego por el Prefecto, fue la llana y segura confianza

con que me dejaba urgar la biblioteca y pasar largos ratos leyendo en su cuarto, sin incomodarse, e invitándome su café cuidadito y oloroso, cuando coincidía con mis visitas.

Un dia le di una gran sorpresa, que se convirtió en sorpresa mia; porque le llevé un romance asonantado sobre no sé qué asunto, sin duda imitado de Zorrilla; y al leer los primeros renglones, soltó una carcajada tan abierta y espontánea, que no me pareció ofensiva. ¿Qué habia sucedido? Pues que yo, en vez de rimar los versos pares, habia rimado los impares, y asi cada final resultaba como un pistoletazo; y la primera lección que recibí en este arte de rimar se la debo a él. Pero ¿cómo yo no me habia fijado en esto durante mis lecturas de tanta poesía? Vaya uno a saberlo. Ya me veo a algún psicólogo de hoy deduciendo que yo no he nacido para poeta: y tendrá razón de sobra.

Y bien; muchos años más anduvimos juntos por los caminos de ese mundo de los estudios. Yo pasé a la universidad; él ascendia en jerarquía y en cultura; y venciendo una timidez, que era delicadeza y cuidado de la corrección, publicaba poco de lo que escribia; y alguna vez lo hizo a mis instancias. Tenia bellas y sentidas páginas de prosa y verso; y conquistó una justa fama de literato fino y de juicioso pensador. Los periódicos juveniles de aquella época vibrante, en los

cuales tuve siempre una culpa, no salian sin una primicia de mi maestro, que yo me encargaba de obtener.

Después, en la rectoria del Colegio Nacional, ocupó con dignidad la silla prestigiada hasta entonces por los doctores Bedoya, Cabanillas, Posse, los sacerdotes Justino Juárez, Domingo Castellanos, el inolvidable naturalista Garibay, cada uno de los cuales ofreceria materia exquisita a un biógrafo de «vidas consagradas», como dice lord Haldane. La naturaleza paternal y dulcemente severa de Javier Lazcano Colodrero quedaba bien debajo de aquellos claustros, que respiraban aún ese «aire de antigüedad» de que habla Avellaneda en su boceto biográfico de Esquiú, y que transpira de los gruesos muros jesuiticos de Monserrat; entre los cuales, por más que se quiere huir de su influencia inmanente y difusa, por todas partes brota como un aroma de arcón centenario; de manera que la supervivencia de aquellos tiempos, aun no bien comprendidos, como las piedras del Acrópolis, según Duruy, palpita y vibra todavia, porque la vida que habitó en ellos parece circular aún por sus corredores e intersticios más recónditos.

Ya ven mis lectores lo que a mi me pasa. Cerca de cuarenta años hace que yo sali de esas queridas moradas, y de la tutela de mi Prefecto de estudios, y mi emoción es tan intensa y tan

grata al recordarlos, que me parece vivirlos de nuevo. Y pienso y pregunto: ¿cuándo se convencerán los educadores y pedagogos modernos de que vale más un hálito de emoción, que volúmenes de discursos y lecciones dogmáticas?; los cuales resuenan como rezos de ritual, mecánicos y huecos, sin penetrar en la corriente invisible y cálida del sentimiento, que hace el milagro de ponerla en contacto con todas las verdades que salen de la inteligencia calentada por el corazón, como el perfume encerrado en viejo frasco de cristal...

Javier Lazcano Colodrero ha sido, durante su vida de acción intelectual y política, un exponente de ese tipo de educación, tan propio e inconfundible de la noble y venerable ciudad universitaria; en cuyas calles modernas, y en cuyos salones novísimos, del abolengo o de la cultura, parece circular un cierto perfume ancestral, como si allí se concentrase toda esa unción de antigüedad, desaparecida o desconocida de las demás ciudades de la República.

Semejante a su lejano discípulo y pupilo, la política, que logró aprisionarlo algunas veces en elevadas posiciones representativas, no le apasionó mayormente, sino más bien le dió ocasión de mostrar la fina constitución de su temperamento moral y artístico. Tal le ocurrió a aquél en este otro escenario en que aun se mueve, acaso a punto

de «mutis»: pues, según una sabia observación conocida, no se puede conservar el favor del público cuando se ha estado en escena demasiado tiempo. Pero válgame la confesión que un día hube de hacer en casa de Rafael Obligado, el glorioso bardo hace poco desaparecido, cuando a una observación de Calixto Oyuela sobre mi escasa vocación política, les dije que, al contrario de muchos argentinos, que hacían de la literatura escala para llegar a la política, yo había hecho de la política escala para subir hasta la literatura.

Mi amigo y antiguo Prefecto de estudios de Monserrat, corrector incansable de mis informes borroneos literarios de niño; guía certero de direcciones futuras para mí y mis compañeros, — que le seguimos y le amamos en todo tiempo sin desmayo, — llevó sus postreros años de obrero jubilado, en el retiro de su hogar convertido en una continuidad de su misión educadora y constructiva. Esta última etapa, así dedicada al culto de las más nobles virtudes e ideales, podría considerarse una ilustración de los dos libros más puros de Cicerón: «De Amicitia y De Senectute», sobre cuyos libres preceptos e inspiraciones, puede hacerse de la patria nuestra una civilidad compenetrada de esa unción de alma y pura ética, que tuvieron por precursores a Zenón de Elea y a Marco Aurelio, para divinizarse en el drama

del Evangelio, y revivir en los fundadores de las más grandes democracias contemporáneas.

Yo no acostumbro ponerme triste cuando se van para siempre los hombres buenos que han recorrido su camino y han realizado su fatiga fecunda. El mayor bien deseado a un amigo es el reposo, y es también el mejor premio al obrero de la fábrica o del surco, cuando han hecho su jornada. Como no creo en la muerte absoluta, y por el contrario, sé que existen hilos invisibles y lenguajes luminosos o musicales, por los que nos comunicamos con los que se han ido amándonos, yo no les digo nunca adiós para siempre.

Dichosos los que han partido primero. Felices también los que estamos aguardando la hora de tomar nuestro atillo de viaje para ir a reunirnos con ellos. Los únicos desgraciados son los que nada ven ni esperan ver más allá del horizonte que miran sus ojos.

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

MI PLUMA

Es mi pluma un cincel. Con él modelo
La figura de Abeles y Caínes,
Y a mi conjunto el mármol rasga el velo
Y florece su albura de jazmines

Esculpo a mi placer: ya paladines,
Cuyo pecho arde en generoso anhelo,
Ya orugas que se arrastran por el suelo,
Ya rebeldes y alados serafines.

No os pongáis en mi senda, malhechores,
Que cubrís vuestra pútrida gangrena
Con brillantes y falsos oropeles.

Yo he de exponer desnudos los horrores
De vuestra efigie, de impurezas llena,
Al golpe evocador de mis cinceles.

OASIS

De mi vida en el árido desierto,
Que resignado atravesando voy,
Tengo un oasis de verdor cubierto,
Donde descanso, si cansado estoy.

Allí la fuente del consuelo mana
Su transparente y límpido cristal,
Y de él bebe la alegre caravana
De que soy guía, escudo y principal.

Allí no llegan los mundanos sones
Del alma a alterar la beatitud,
Y el ardiente simún de las pasiones
No conturba su plácida quietud.

La sórdida avaricia, el egoísmo,
La negra envidia, la ambición febril,
La injuria viperina, el servilismo
Jamás sus plantas han sentado allí.

Allí se duerme al apacible sueño
A que brinda la paz del corazón,
Y como es el bagaje tan pequeño
No nos desvela el miedo del ladrón.

Allí hay brisas que arrullan amorosas
Al que rendido de fatiga está,
Que refrescan las frentes sudorosas
Y alientos nuevos para el viaje dan.

Las flores que levantan sus corolas
Y tapizan el suelo en ese edén,
Tienen efluvios que semejan olas
De caricia y ternuras a la vez.

Allí las aves con alegres cantos
El aire llenan de armonías mil,
Que al alma infunden mágicos encantos
Y en dulce calma la hacen adormir.

Allí debajo de la blanca tienda
O bajo el estrellado cielo azul,
A Dios alzamos nuestra humilde ofrenda,
Del recibido bien en gratitud.

Y si en la ruda marcha del desierto
Alguno cae al peso del dolor,
La fosa abrimos al querido muerto
Y alzamos nuestras preces al Señor.

Y mustios y callados ay! tornamos
La interrumpida marcha a reanudar,
Hasta que al fin la paz de nuevo hallamos
En ese oasis, que es mi pobre hogar.

LA SOMBRA AMIGA

A Lucinda

Triste, muy triste, la escabrosa senda
De mi agostada juventud seguía,
A mi espalda dejando las ya muertas
Primeras ilusiones de la vida,
Cuando á mi paso
Te alzaste tímida,
Paloma de los valles de mi tierra,
Gacela de las selvas argentinas.

«Vamos, te dije, al apartado bosque
Y allí busquemos una sombra amiga,
Donde lejos del mundo y sus engaños
El alma pueda descansar tranquila;
Vamos, y juntos
Alcemos, niña,
Un templo á la virtud y á los amores,
Do seas tú la fiel sacerdotisa».

«Vamos», dijiste; y de la mano asidos,
Palpitantes los pechos de alegría,
Los rostros de esperanza iluminados,
Partimos á buscar la sombra amiga:
Yo, con la planta
Adolorida,

Tú, con el paso firme del que sueña
Que al país de la dicha se encamina.

Desde entonces unidos nuestros hados,
Tu suerte con mi suerte confundidas,
Ya pisando las zarzas espinosas,
Ya en los labios brotando la sonrisa:
Siempre serenos,
Jamás con ira,
Resignados sufriendo nuestras penas,
Marchamos por la senda de la vida.

Y cruzamos desiertos arenosos
Y solitarios bosques y colinas,
Y empinadas montañas y hondos valles,
Sin demostrar cansancio ni fatiga;
Aunque sabemos
¡Ay, por desdicha!
Que ya en vano buscamos en la tierra
La ignota, la soñada sombra amiga.

Y así, serenos, de la mano asidos,
Proseguiremos la penosa vía,
Hasta que marque el fin de la jornada
De la parca la mano endurecida.
Pero aun entonces
Tu alma y la mía
Volverán á juntarse allá en el cielo,
Y recién hallarán la sombra amiga.

EL RAPTO

BALADA

I

¡Hop, hop, hop! El galope del caballo
De herrado casco el suelo hace temblar,
Y en la callada noche, triste el eco,
¡Hop, hop! también repite al despertar.

—

Gentil y apuesto, con destreza suma
Al noble bruto cabalgando va,
Mancebo hermoso de plateada espuela,
Puñal al cinto y negro chiripá.

—

Cruza la pampa rápido y sombrío
Con impaciente y redoblado afán,
Que mientras más avanza en su carrera
Mayores brios a su esfuerzo da.

—

Allá, lejos, envuelta entre las brumas
Y el manto de la densa oscuridad,
Álzase espléndida mansión, morada
De arrobadora y celestial beldad.

II

¡Tac, tac, tac! Con el puño del rebenque
Y blanda mano en el portal golpeó,
Prestando luego vigilante oido
El gentil caballero del bridón.

—

Como a la voz de mágico conjuro
Aparece fantástica visión,
Así á sus ojos, al balcón, gallarda
Y esbelta forma de mujer salió.

—

—¡Beatriz!—¡Julián! con apagado acento
A un tiempo mismo pronunciar se oyó;
Y unidos ambos nombres, en sus alas
El aura de la noche se llevó.

—

En tanto el cielo encapotado cubre
De espesa sombra la oriental mansión,
Y allá en el fondo de lujosa estancia,
Libre de afanes duerme su señor.

III

¡Hop, hop, hop! El galope del caballo
De herrado casco el suelo hace temblar,
Y en la callada noche, triste el eco,
¡Hop, hop! también repite al despertar.

Cubiertos por las sombras protectoras,
Sobre el fogozo rápido animal,
Ella á la grupa, de su amante asida,
«Campo adelante devorando van».

—

Y silenciosos cruzan la llanura,
Perdidos en su inmensa soledad,
Él de su triunfo y de su dicha ufano,
Ella amorosa y tímida a la par.

—

¿Qué misterioso espíritu los guía?
¿La pareja feliz a dónde va?
¡Oh, genios de la pampa y de la noche,
Su amor con vuestras alas cobijad!

I V

¡Clin, lin, glin, lin! sonó la campanilla
Del harto fraile en la mansión feliz,
El que en la dulce calma de su sueño
El ruido apenas alcanzó a oir.

—

Redobla luego el áspero sonido
Con impetuosa agitación febril,
A cuyos ecos, soñcliento el fraile,
«¿Quién va?» exclama, y tórnase a dormir.

—«Dos almas descarriadas, padre santo,
Que el cielo vienen á buscar aquí;
Mas si tardáis un punto será tarde:
Abrid, buen padre, por favor, abrid».

—

Dijo Julián con tembloroso acento,
Si bien con tono grave y varonil.
Piafa entretanto el bruto sudoroso,
Y espera ansiosa y tímida Beatriz.

V

Confusos ecos de lejanas voces
Y ruido de armas óyese á la vez;
Y entre el tumulto que se acerca y crece
Bronca una voz que grita con vivez:

—

—«¡Sus! ¡adelante, leales servidores!
Paz á la espuela ni un momento deis:
Muera el malvado que mi nombre mancha,
Yo con su sangre mi honra lavaré.»

—

Y crece el ruido y el estruendo crece
De ginetes que vienen en tropel;
El sol ya resplandece en el oriente,
Y el cura al lecho déjalo recién.

Beatriz, de angustia y de congoja llena,
La vista vuelve, y a su padre al ver,
Un ¡ay! profundo de su pecho exhala
Y al suelo desmayada va a caer.

V I

—«¡A él¡ ¡son ellos!» con airado acento
El iracundo padre profirió;
Y en el furor insano que lo ciega,
«¡Muera! ¡muera!» convulso repitió,

—

Pronta la turba y á su voz atenta,
A cumplir la cual orden se aprestó,
Cuando de súbito ábrese la puerta
Y severo aparece el buen pastor.

—

A Beatriz en sus brazos levantando
Y en la diestra el acero matador:
—«Es mi esposa—el mancebo dijo osado—
Bendecid, señor cura, nuestra unión».

—

La turba calla y suspendida queda
Ante aquel rasgo heroico de valor;
Mas el padre de cólera está ciego,
Y certero le acierta al corazón.

Empapado en su sangre generosa
El noble mozo exánime cayó,
Bañando de Beatriz el rostro hermoso,
Como postrer recuerdo de su amor.

VII

Desde entonces es fama que en las noches,
Aunque nadie asegura que lo ve,
Por la pampa corriendo á todo escape
Atraviesa fantástico corcel.

ECOS DE MI LIRA

No son, no, de la ardiente fantasía
Los mágicos ensueños, ni el laúd
Es de la tierna y dulce poesía
Inspirada en la paz de la virtud,

—

Lo que hoy levanta mi abatida frente
Al peso doblegada del dolor,
Y en mi trémula mano, tristemente,
Vibra a compás de mi cansada voz.

—

Ni son ¡ay! las imágenes doradas
Que forja juventud a su placer,
Tanto más bellas, cuanto más soñadas,
Imágenes de glorias y poder.

—

¡No!.... Los ensueños que mis ojos lloran
Y arrancan tristes notas al laúd
No son como esos sueños que coloran
La vida en la encantada juventud.

Pasaron ya los venturosos años
De esperanza, de gloria y porvenir:
Tan sólo amargos tristes desengaños
Vienen mi yermo corazón á herir.

Lo que suspira el labio mío ahora,
Lo que lacera mi alma sin piedad,
Es ¡ay! una angustia abrumadora
Del corazón inmensa soledad.

Es el ansia insaciable del deseo,
Un vago y melancólico pesar,
Aspiración de un algo que entreveo
Y que en vano me esfuerzo por tocar.

Extraño indefinible sentimiento
Que llena de zozobra el corazón,
Lúgubre como el eco de un lamento,
Triste como la calma del panteón.

Vana esperanza, vaporoso ensueño
De una ventura que explicar no sé,
Pero que busco con tenaz empeño
Doquier que mi alma conseguirla cree;

Y que una voz secreta de amargura
A mis oidos dice sin cesar,

Cuando ansioso esa incógnita ventura
En mi ilusión la creo realizar.

«Infeliz, en el libro del destino
Escrito está tu eterno padecer;
Grabado llevas del dolor el sino,
No hay en el mundo para tí placer.

«En vano buscas con inquieto anhelo
Esa dicha que intentas conseguir,
Sólo eterna ansiedad, perpetuo duelo,
Te ofrece tu sombrío porvenir.»

Acento misterioso que resuena
En mi pecho con eco funeral,
Y mi vida acibara y envenena
Como el genio fatídico del mal.

Ora busque a mi espíritu el reposo
En unión de la sabia senectud,
O el contento en el giro tumultuoso
De la loca e inquieta juventud.

Del brillante sarao en el bullicio
Donde el alma se embriaga de ilusión,
En la dorada copa con que el vicio
Pródigo ofrece goces a montón;

Del festín en los brindis y el contento,
En los brazos de impúdica beldad;
Del grave y recogido pensamiento
En la augusta y solemne majestad.

En la oración que al pie de los altares
Al cielo elevo en alas de la fe;
Del dulce trovador en los cantares
Que triste llora la pasión que fue;

En el ruido y estrépito del mundo
Tras de que va la muchedumbre en pos,
Y en el del sabio meditar profundo
Que levanta el espíritu hasta Dios;

En el silencio de la noche umbría
Y en su callada augusta soledad,
En la brillante esplendidez del día
Y en su múltiple alegre variedad:

Doquier que poso mi atrevida planta,
Doquier que busco ese anhelado bien,
Allí la voz fatídica levanta
Su acento triste y lúgubre también

Yo he subido al alcázar opulento,
Morada del orgullo y el poder,

Y he bajado a la choza del que hambriento
Mísero espira sin saciar su sed;

Y en la rica mansión del poderoso
Y en la pobre cabaña sólo vi,
Allá mentidos goces y reposo,
Eterno llanto y desamparo aquí.

Yo he llegado en mi loco devaneo
A probar cuanto anhela la pasión,
Y he hallado insaciable mi deseo
Y desierto y vacío el corazón.

Que el astro de mi dicha sus fulgores
Por siempre en el ocaso al sepultar,
Mustias dejó del corazón las flores
Y envuelta el alma en densa obscuridad.

¡Dios mío! Si en el libro del destino
Mi eterna desventura escrita está,
Si siempre de los réprobos el sino
Mi frente mustia impreso llevará,

La luz, Señor, de mi existencia apaga
Y con ella mi eterno padecer;
Que al menos brindará a mi suerte aciaga
Su silencio y sus sombras el no ser.

A MIS HIJOS

Yo he visto a muchos que se creen señores,
Servirles y humillarse a los tiranos,
Juntar cobardes las humildes manos
Y mendigar con llanto sus favores.

Yo los he visto, viles y traidores,
Al que ayer adulaban cortesanos
Hoy escupirles y execrar villanos,
Del dios Éxito siempre adoradores.

También he visto que la insana suerte,
Como irrisión acaso del destino,
A estos reptiles elevó a la cumbre.

¡Hijos del alma! Preferid la muerte
A la grandeza hallada en tal camino:
Que es baja y ruin la humana servidumbre.

CABO DE AÑO[1]

Elegía a la memoria de mis hijos Aníbal y Oscar

¡Oh breve y misteriosa vida! En vano
Tu inescrutable arcano
Se empeña el hombre en descifrar. Sin tino,
Envuelta en densa oscuridad su mente,
No sabe ni presiente
Cuál será el fin de su áspero camino.

La niñez inocente y candorosa,
La juventud briosa
Y la vejez tranquila y resignada,
Todas ignoran el incierto día
En que la muerte impía
Término ha de poner a la jornada.

Nada valen la gracia y la belleza,
La pompa y la riqueza;
Nada el sorberbio, altivo poderío:
Nacemos y vivimos un momento,
Cual la nota que el viento
Veloz lleva a morir en el vacío.

En medio de los goces y alegrías
De los felices días
En que confiamos en la instable suerte,
Sierpe mortal nos hiere de improviso
Y torna el paraíso
En campo de dolor, erial de muerte.

Yo vivía dichoso en mi retiro,
Sin que el revuelto giro
De las pasiones mi alma conturbara;
Exento de ambición y sin agravios,
De mis fervientes labios
No hubo día en que el ruego no se alzara.

Como serena y escondida fuente
Desliza su corriente
En el silencio de arboleda umbría,
Tal mi vida apartada, en dulce calma,
Sin zozobras el alma,
Bajo la sombra de mi hogar corría.

Rodeado del cariño y la ternura,
Que pago con usura,
De mis hijos, pedazos de mi vida,
Nunca pensé, jamás creí que fuera,
Mi mano la que abriera
Sus tumbas en la eterna despedida.

Mas de tanta ventura y gozo tanto,
Sólo ha quedado el llanto
Que a mares brota de mis tristes ojos,
Y un pesar tan profundo y tan intenso,
Que en mi desdicha pienso
Que ya en la tierra nacen sólo abrojos.

El sol de mi ventura oscurecido,
En vano al cielo pido
Que abra mi corazón a la esperanza:
Sombrío y mudo no responde el cielo
A mi vehemente anhelo,
Y marcho sin ver nada en lontananza.

¿Por qué, Dios mío, huyeron esas horas,
A mi alma halagadoras,
De paz, de amor y de delicias llenas?
¿Acaso tú, señor de lo creado,
Impío has arrancado
De mi huerto las rosas y azucenas?

¿O es que el destino inexorable y fiero
Marcó mi derrotero
Por sendas de dolor y de amarguras?
¿Entonces no es verdad que no se mueve
Sin tu orden la hoja leve
Que el aire arrastra o eleva a las alturas?

¡No, Dios justo! Esa ley tan arbitraria,
A tu bondad contraria,
Los destinos del mundo regiría;
Y, superior a tus designios santos,
Con súplicas y llantos,
En vano tu piedad se imploraría.

Yo tu justicia y tu poder adoro,
Y en mi dolor te imploro
Para mi pobre corazón aliento.
Si fuego en mis entrañas encendiste,
Deja que mi alma triste
Vibre al calor de su hondo sentimiento.

Como diste a la rosa la fragancia,
Al aire la inconstancia,
La luz al sol, murmullo a la corriente,
Así en el pecho paternal el grito
De su amor infinito,
Pusiste oh Dios! en el dolor vehemente.

Yo en lo más hondo de mi pecho he sido
Sin compasión herido
Por la parca inclemente y destructora:
Del árbol de mi vida, con sus manos,
Dos vástagos lozanos
Ha desgajado rápida y traidora.

Y aunque me esfuerzo en comprimir la herida
De mi alma dolorida,
Ahogar no puedo su erupción violenta,
Y de ayes y sollozos se desata
Gimiente catarata
Que en lo más hondo de mi ser revienta.

Pobre de mi. Con paso vacilante
Vago triste y errante,
Oyendo siempre voces lastimeras,
Y en mis delirios, con los ojos fijos,
Voy siguiendo a mis hijos
Sin ver que son fantásticas quimeras.

Los que no habéis sufrido la amargura,
La pena y la tortura
De un corazón que el infortunio abate,
Pedid a Dios que calme mi tormento,
Y que me infunda aliento
Hasta rendir la vida en el combate.

(1)—Esta fue la última composición que escribió mi padre Quizá el dolor de la ausencia de sus hijos le hizo caer más temprano en el sepulcro.—N. del C.

EL ROSAL Y LA FUENTE

(Cuento)

—

A Angelina

Al pie de una alta colina,
Con acento lastimero,
A la hora en que el sol declina,
Me refirió un jardinero
Aquesta historia, Angelina:

—

«Tenía—dijo—una fuente,
En mis jardines, tan pura,
Que no cedía al luciente
Fino cristal en tersura
Su clarísima corriente.

—

«En torno de ella mil flores
Cada mañana brotaban,
Que, al escuchar sus rumores,
En mejorar se esforzaban
Sus peregrinos colores.

«Mas ella, alegre y festiva,
Sin demostrar distinciones,
Tanto a la humilde y altiva
Halagaba con sus sones,
Pasajera y fugitiva.

—

«Así entre dulces desvelos,
Entre afanes y alegrías,
Y acaso entre negros celos,
Raudos pasaban los días,
Acreciendo sus anhelos.

—

«Cuando una linda mañana
El sol de oriente alumbró
Con dulces rayos de grana
Una planta que se alzó
Cabe la pura fontana

—

«Era un hermoso rosal;
Y al verle, con gracia suma,
Porque parecióle mal,
La fuente arrojó la espuma
Que flotaba en su cristal.

—

«Y sin comprender tal vez
La causa de su inquietud,
Temblando la vió otra vez,
Y al aire con prontitud
Lanzó un suspiro después.

«Su erguido tallo inclinó
El rosal afortunado,
Y ardiente beso imprimió
En el cristal no tocado,
Que su savia acrecentó.

—

«Gimió la fuente sonora
Con desconocido acento,
Y con colores de aurora
Del tallo brotó al momento
Una rosa encantadora.

—

«Nunca hasta entonces se viera
En el florido pensil,
Ni gracia más hechicera,
Ni hermosura más gentil:
Tan lindo el pimpollo era.»

—

Mas no para aquí, Angelina,
Este cuento entretenido;
Que la voluntad divina
Hasta en las flores unido
Puso el perfume a la espina.

—

Y esta vez como otras veces,
Tras el placer y ventura
Que amor nos brinda con creces,
Se apuró de la amargura
El cáliz hasta las heces.

Pues si el cronista no miente,
O no es infiel mi memoria,
Después de aquel beso ardiente,
Así prosigue la historia
Del rosal y de la fuente:

—

«Desde aquel día dichoso
Eterno amor se juraron,
Y en consorcio misterioso
Las dulces horas pasaron
En éxtasis delicioso.

—

«No más la fuente serena
Indecisa discurría
Entre la floresta amena,
Cual otro tiempo solía,
De vagos rumores llena.

—

«Con suavísimo murmullo
Hoy amorosa arrullaba
Al rosal, que su capullo
Purpurino reflejaba
En sus ondas con orgullo.

—

«Y así entre amorosos goces,
Y entre promesas selladas
Con juramentos atroces,
Del tiempo las no contadas
Horas huyeron veloces.

«Cuando una noche—aun me hielo
Al recordar esa noche—
A la hora en que al bajo suelo
Inclina la flor el broche
Y alza su perfume al cielo,

—

«Súbito con sordo ruido
Y detonación extraña
Un peñasco desprendido
De la vecina montaña
Cayó en el cauce florido.

—

«Su curso torció la fuente
En son de queja gimiendo;
Mas pronto besó sonriente
Las flores que iban naciendo
A su orilla nuevamente.

—

«El triste rosal en tanto
Marchito el tallo dobló;
Y el capullo, antes encanto
Del vergel, se deshojó
Mustio y solo en su quebranto.

—

«Y desde entonces a esa hora
Todas las noches semeja
La brisa murmuradora
La tierna y doliente queja
Del que por amores llora.»

Aquí concluye, Angelina,
La historia que el jardinero,
A la hora en que el sol declina,
Con acento lastimero
Me refirió en la colina.

—

No sé si es creencia ilusoria;
Pero yo siempre he pensado,
Al traerla a mi memoria,
Que el jardinero ha narrado
De mis amores la historia.

ELECCIÓN PATERNAL

Si alguna vez ¡Dios mío! me impusiera
Tu poder de Abrahán el sacrificio,
Y entre mis hijos elegir debiera
La víctima del bárbaro suplicio;

—

Fuerte y audaz, sin el menor indicio
De flaqueza senil ante la hoguera,
Arriba alzando la mirada entera,
Sin doblegarme ante el moral cilicio;

—

Yo, que tanto, Dios justo, te venero
Y admiro tu sin par sabiduría,
En esta vez, rebelde y altanero,

—

Con estridente acento clamaría:
«O todos, ó ninguno»... Y yo el primero
A abrasarme en la hoguera correría.

A ORILLAS DEL PISCOGUASI

Corre, corre murmurando,
Piscoguasi cristalino,
Y con flores
Sigue ledo matizando
Tu caprichoso camino,
De colores.

—

Que no importa que ignorada
Se deslice, ó manso río,
Tu corriente,
Ni que sobre ella preciada
Carga de rico navío
No sustente.

—

Ni importa que tus raudales,
Ya menguados, no compitan
En riqueza
Con los copiosos caudales
De otros ríos, que se agitan
Con braveza;

Ni que el oido no agrades
Con tu plácido murmullo
A orgullosas
Y afeminadas ciudades
Que se aduerman a tu arrullo
Voluptuosas.

—

Tú en cambio tienes asiento
En blando lecho de arenas
Movedizas,
Do con suave movimiento
Entre lirios y azucenas
Te deslizas.

—

Y tienes en tus riberas,
A más de pintadas flores
Por alfombra,
Enramadas placenteras,
Do los cansados pastores
Hallan sombra.

—

Y eres la feliz morada,
Como lo dice tu nombre, (1).
De las aves,
Y en ti encuentra en sosegada
Y dulce quietud el hombre
Ecos suaves.

¡Feliz, oh río dichoso
Tú, que puedes ignorado,
Tus rumores,
Lejos del mundo engañoso,
Al aire dar sin cuidados
Ni temores!

—

No envidies, no, el poderío
De esos ríos caudalasos,
Que altaneros
Se lanzan al mar bravío
Y traspasan orgullosos
Sus linderos.

—

Si tú como ellos no ostentas
Ricos bajeles que crujan
De oro llenos,
Tampoco tienes violentas
Borrascas que airadas rujan
En tus senos.

—

Ni verás enrojecida
Con sangre tu linfa pura,
Derramada
En contienda fratricida,
Ni morirás en impura
Mar salada.

Tu bello y undoso hermano,
El Paraná, su corriente
Cristalina,
Por caprichos de un tirano
Vió ¡ay! teñirse en inocente
Sangre argentina.

—

Y el Plata que altivo baña
Dos naciones ¡cuántos años
Iracundo
Contempló la fiera saña
Del déspota que mas daños
Hizo al mundo!

—

¡Manso río! á ti en sosiego
Te baste por esos llanos
Discurrir
Y al labrador con tu riego
Su labor en ricos granos
Convertir.

—

Sigue, sigue revistiendo
Tus orillas de verdura,
Y la necia
Altivez del mar horrendo,
Por tu sencilla hermosura,
La desprecia.

Que así las aves y flores,
Para aumentar tus encantos,
Te regalan,
Aquellas sus dulces cantos,
Y estas los gratos olores
Que exhalan.

—

¡Adiós, Piscoguasi ameno! ....
Yo al mar del mundo me lanzo;
Mi camino
Está de escollos mil llenos,
Y á saber cual tú no alcanzo
Mi destino.

—

Quiera el cielo que algún día
Pueda tu margen á mi alma,
Como ahora,
Allá en la vejez sombría,
Ofrecer la dulce calma
Que atesora.

(1) Piscoguasi, en quichua, casa de pajaros.

A MI HIJA OFELIA

EL DÍA DE SU MUERTE

No sé si me oyes: la moderna ciencia
Hasta esta espina ha puesto al corazón.
Yo creo en Dios y creo en la existencia
De otro mundo de paz y bendición.

Allí, sin duda, de la dicha eterna
Tu alma inocente disfrutando está;
Mas ¡ay! desierta la mansión paterna
Por siempre tu partida llorará.

Eras en mi apartada y triste vida
La estrella bienhechora de alba luz,
Que alumbraba mi senda oscurecida
Del dolor por el lóbrego capuz.

Eras el vaso de oloroso aroma
Que el ambiente impregnaba de mi hogar,
La blanca y casta, la gentil paloma
A cuyo arrullo me sentí gozar.

Por tí, mi corazón adormecido
É insensible á la gloria y ambición,
Ahora palpitaba estremecido,
Avaro de grandeza y esplendor.

En mis locos delirios te soñaba
Rica de vida, riendo al porvenir,
Y en tu futura dicha me extasiaba
Inventando venturas para tí.

Sus felices augurios á los míos
Tu tierna madre unía, y eras tú
La gallarda doncella de altos brios
Y la matrona llena de virtud.

Tus hermanos, cumplidos caballeros,
Formados en las leyes del honor,
Eran, y éste tu padre, los aceros
Que formaban tu escudo protector.

Así, radiante de placer y gloria,
En mi loca ilusión te imaginé,
Sin que jamás viniera á mi memoria
La triste imagen de la muerte cruel

¿Qué ha sido en tanto de esos sueños de oro?
¿De esas quimeras cual la realidad?
¡Hija del alma! un manantial de lloro
Y eterna pena en tu paterno hogar!

Cuando más lejos nuestro amor creía
De la implacable parca, la segur,
Todo, todo ha tronchado en sólo un día
Abriendo ¡ay! á tus pies un ataúd.

Bien sé que gozas en el alto cielo
De las venturas que yo aquí soñé;
Mas has dejado tan desierto el suelo
Y el nido en que feliz te acaricié,

Que en el dolor agudo que yo siento
No sé si es preferible dar á Dios
Gracias por este bárbaro tormento,
O pedirle me dé resignación.

¡Hija de mi alma! de mi vida encanto,
Mi dulce Ofelia, mi ángel tutelar,
No más besos de amor, tan sólo llanto
Por tí mis ojos siempre verterán.

A UN NIÑO

Goza, niño inocente, goza ahora
Que espléndido y brillante el sol refleja
Sus rayos de oro sobre tu alba frente,
Y tu tierno pecho
Aun no ha exhalado la primera queja.
Goza, sí, que la aurora
Dorada de la vida
Y las diáfanas gotas de rocío
Que vierte cuando llora
Y con los tintes de su luz colora,
Súbito convertidas
Verás en negra noche y hielo frío.

—

Hoy tranquilo tu espíritu se mece
Por los torpes sentidos arrullado,
Y en su falaz engaño
Eterna cree y que en belleza acrece
La rica primavera
Que en su ilusión primera
De mil encantos llena se ha forjado.
El aire, el campo, el río,
Las perfumadas flores,

Las vagorasas auras impregnadas
De sus puros, riquísimos olores;
El sol que dora con su lumbre pura
Las sierras encumbradas,
El soto, la llanura;
Y la noche cubierta con su manto
De rica reluciente pedrería,
Todo a tu alma hoy inunda de alegría,
Todo le presta indefinible encanto.

—

Mas ay! vendrán las de nublados llenas
Mañanas tempestuosas del estío
Y tu alma llenarán de amargas penas,
Cubriendo al corazón velo sombrío.
No más bellas, serenas
Alboradas. Caído de tus ojos
El prisma engañador que los cubría,
Brotarán en tu pecho los enojos,
Verás la realidad alzarse fría,
En vez de flores hallarás abrojos,
Y en tedio trocaráse tu alegría.

—

Y luego el crudo aterrador invierno
Llegar verás, seguido
De eternas noches de dolor eterno;
Y entonces, como yo, dentro tu pecho

Sentirás que palpita con violencia
Tu desgarrado corazón deshecho
En mil y mil pedazos,
Y ay! tal vez a odiar llegues la existencia...
Mas no, niño inocente:
Goza, goza que espléndido
Brillante el sol refleja
Sus rayos de oro sobre tu alba frente,
Y tu tierno pecho
Aun no ha exhalado la primera queja.

DESENCANTO

Corazón, corazón ¿por qué suspiras
Y á su recuerdo de temor te llenas,
Si ella es un ángel, y piedad al menos
Habrá en su pecho? ¡Corazón, no temas!

—

Así exclamaba en apartado día,
Cuando, mi mente de ilusiones llena,
En tus bondades cándido confiaba
Y era tu amor el sol de mi existencia.

—

Pasó el tiempo, y mis ansias acrecieron,
Venciendo del temor la resistencia,
Y todo, todo lo que en mi alma había
¡Ay de mí! en tu alma lo vació sincera.

—

Fingiste amor, y entontecido, loco,
Ante dicha tan grande y tan suprema,
Rendido te entregué y apasionado
Toda mi alma, mi ser, mi vida entera.

Como un niño indiscreto que en sus manos
Frágil cristal sostiene y con él juega,
Rompiéndolo travieso por capricho,
Así jugaste con mi dicha inmensa.

—

Hoy que tan sólo siento dentro el pecho
El aguijón punzante de mis penas,
Hoy que la hiel del desengaño bebo
Mis labios sólo lanzan esta queja

—

Corazón, corazón ¿por qué suspiras
Y á su recuerdo de dolor te llenas,
Si su alma es pérfida y piedad no tiene?
¡Corazón, corazón, ríete de ella!

DESEOS

Yo quisiera tener en mi paleta
De la ilusión los vívidos colores,
En mi voz la armonía y los rumores
Del mundo de mis sueños de poeta;

—

Yo quisiera la mágica y secreta
Palabra del idioma de las flores,
Y el ardor de los rayos vibradores
Del sol que ciegan la pupila inquieta;

—

Yo quisiera tenerte dulcemente
Ceñida entre mis brazos un momento,
Tu pecho helado contra el mio ardiente;

—

Detener tu inconstante pensamiento,
Y en transporte gratísimo y ferviente,
Mi bien, pintarte la pasión que siento.

A DOLORES

Me preguntas absorta por qué callo
Y es una eterna lágrima mi vida,
En medio del bullicio y el contento
Que hallas doquiera que tus ojos fijas;
Y es que no sabes,
Cándida niña,
Que a la ventura debes de tu alma
Cuanto de bello ante tus ojos brilla.

Y es que no sabes que el poeta tiene
Dentro del corazón oculta fibra,
Que no hay acento de dolor o pena
Que en el pecho sonoro no repita.
Y ¡ay! en el mío
Constante vibra,
Yo no sé si del bardo el sentimiento,
O el himno fatal de la desdicha!

A UN RETRATO

¡Qué hermosa está! Con cuánta gentileza
Descansa sobre el torneado cuello
Su gallarda y artística cabeza,
Encarnación sublime de lo bello!

—

¡Cómo en su blanda, angelical mirada
Fiel se refleja su alma candorosa,
Y en su tersa mejilla sonrosada
La célica pureza de una diosa!

—

Y cómo al labio, a su pesar, provoca
La encantadora y púdica sonrisa
Que entre las rosas de su breve boca
Asoma juguetona e indecisa!

—

¡Oh! si yo ahora reanimar pudiera
Tu imagen con el fuego que me inspira,
Cuánta ternura el labio te dijera,
Mi dulce y bella, mi gentil Elmira!

A ROGELIO [1]

(En su tumba)

Ha muchos años que de aquí partieron
Dos ángeles, retoños de mi vida,
A quienes en la triste despedida:
Volved, volved, mis labios repitieron.

—

Desde el aciago día en que se fueron,
En vano espera mi alma dolorida
El anuncio feliz de la venida
Al desolado hogar de que salieron.

—

Tú vas do están: a la mansión de glorias
En que a niños y justos los esperan,
Donde una eternidad es un segundo.

—

Llévales mis cariños y memorias;
Diles que no me olviden y te quieran
Como yo te he querido en este mundo.

(1) El Rogelio de esta composición es el inolvidable Rogelio Rodríguez, mayordomo del Colegio Nacional de Monserrat, en cuyo zaguán de entrada se ostenta un magnífico retrato suyo. — N. del C.

SERENATA

A G...

Abre, hermosa,tu ventana,
Y mi queja
No desoigas inhumana,
Si no quieres que a tu reja
Me sorprenda el sol mañana.

—

Nada temas, que dormido
Y en reposo
Yace el mundo: si oyes ruido,
Es el eco doloroso
Que levanta mi gemido.

—

Todo es sombra en rededor.
Nadie vela,
Sólo tu tierno cantor,
Que en vano con ansia anhela
De ti un acento de amor.

Abre, pues, hermosa mía,
Sin sonrojos
Ni temor, tu celosía,
Y alegren tus lindos ojos
La triste noche sombría.

—

Levanta, que las estrellas,
Tus hermanas,
Triste están, porque de ellas
Ocultas tras tus persianas
La clara luz que destellas.

—

Y sólo esperan mirar
Tus encantos,
Las aves, para llenar
El espacio con sus cantos,
Las fuente, para sonar.

—

Y el aura, que muellemente
Duerme ahora,
Para impregnar el ambiente
De grato aroma, y sonora
Acariciarte la frente

—

Sal, y mis tiernos amores,
Mis pesares
Te contaré y mis dolores

En suavísimos cantares,
Hermosa flor de las flores.

—

Mas ¡ay! que es vano mi intento
Bien lo sè!
Pues que en otro el pensamiento
Has puesto, y acaso esté
En él en este momento.

—

Tal vez ahora presente
Le sueñas,
Y en tu enardecida mente
Mil imágines risueñas
De amor la ilusión te miente.

—

Acaso en ella embebida,
Mientras lloro
Tus desdenes, complacida,
Tú crees oir el sonoro
Eco de su voz querida.

—

Adios, hermosa adorada,
Ya la aurora
Se levanta, y su rosada
Luz el oriente colora.
Adios, mi Geroma amada.

Así, con voz que desgarra
El corazón,
Al compás de una guitarra
Exhaló sus tristes quejas,
De una ventana a las rejas,
El desdichado Jasón. (1)

(1) Varias composiciones, que por la fecha de los periódicos donde aparecieron, deben ser de las primeras que escribió el autor de este libro, aparecen firmadas con el seudónimo *Jasòn Laraveci*, que consta de las mismas e igual número de letras que *Javier Lazcano*. — N. del C.

EL BARDO ERRANTE [1]

(CUENTO)

Con paso sereno, tranquila mirada,
Llevando en los labios palabras de miel,
Gentil caballero de lira dorada,
Ceñida la frente de verde laurel,

—

Camino de un valle, do es fama se asienta
Y esconde sus galas hermosa ciudad,
Con sones de arrullo o voz de tormenta
Sus bellas canciones entonando va.

—

La fama, que nada se calla, indiscreta,
A todos los vientos tañendo el clarín,
Pregona parlera que él es un poeta
Nacido en el centro de hermoso jardín,

—

Que el mundo recorre, sus trovas sentidas,
Cual pájaro errante, cantando doquier,
Y sabe mil cosas de nadie sabidas,
Que evoca en sus cantos con raro poder;

Que él sabe la grata, la suave armonía
Que el aire murmura la flor al besar,
El ritmo y cadencia del himno que al día
Levantan las aves la aurora al brillar;

—

El tierno secreto que lleva el efluvio
Que amante le envía la flor a la flor,
El beso candente que va en el diluvio,
De rayos de fuego de un sol a otro sol.

—

Que él sabe el misterio profundo que anida
El seno sombrío del negro ataúd,
La risa o la pena que guarda escondida
La nota que duerme en mudo laúd;

—

De antiguas edades sabrosas historias
Que llenan el alma de encanto y placer,
De justas y lides perdidas memorias
Que evocan recuerdos del épico ayer;

—

Que él sabe los rudos, grandiosos acordes
Que en calma o bravía entona la mar,
Del alma del hombre los bruscos desbordes
Que le alzan o le hunden con fuerza brutal;

—

Los tiernos misterios, los castos amores,
Los tristes desvelos, la oculta pasión,

La grata esperanza, los crudos dolores
Y el cruel de los celos terrible aguijón:

—

Todo ésto lo sabe, todo ésto lo canta,
Según lo pregona la fama locuaz,
Aquel caballero que con firme planta
Avanza hacia el valle do está la ciudad.

—

En ésta, que tiene torreado castillo,
De ilustre abolengo señal cierta y fiel,
Sus nobles señores alzar el rastrillo
Ordenan al punto y que entre el doncel.

—

Para ello previenen los amplios salones,
Do suelen en fiestas y justas lucir
Sus claros ingenios los sabios varones
Que el arte y la ciencia cultivan allí.

—

Y acuden ansiosos los graves doctores,
Los calvos ancianos y el alto señor,
A oir las dulzuras, a oir los primores
Que arranca a su lira el hábil cantor.

—

Reunidos se encuentran guardando el decoro
Que es propio en castillos del tiempo feudal,
Cuando álzase un canto que absorto oye el coro
Y el dulce bardo hace su entrada triunfal.

¿Qué música extraña, que nueva armonía,
Qué ignotos sonidos su lira brotó?
La fama asegura que Apolo ese día
Su lira de oro al bardo prestó.

Y aquí se termina mi cuento sencillo.
No sé si he sabido contároslo bien,
Mas visteis sin duda que éste es el castillo,
Vosotros, los nobles, y el bardo, Rubén.

(1) Esta composición fue leída en la velada literaria que organizó el Ateneo de Córdoba, en honor del famoso poeta Rubén Darío, a su visita a esta ciudad. — N. del C.

A. C.

(EN EL CONCIERTO)

Ah! ¡qué miradas de mujer, tan bellas!
Mortal, pudierais con su luz mirar...
Yo mismo era un estoico, pero ante ellas
Sentí...sonrisas de ambición vagar.

—

Miradas penetrantes con que acalla,
Lo altivo y majestuoso ¡qué serán!
Son ráfagas del alma cuando estalla,
Son el fuego encendido del volcán.

—

Y su canto...su canto es el remedo
De algo que oculta, grande la creación,
El alma al comprender dice no puedo,
No puedo ir mas allá con mi ambición.

—

Yo pude conocerla...Vagamente
La noche del recuerdo la miré,
Estaba sonrïendo y en su frente
Çierta nobleza y dignidad hallé.

—

Y ella era *Alinda* de mirada intensa,
Carmín de grana, timidez, candor,

Aire sombrío, majestad inmensa
Con ese sello que marcó el dolor.

—

Entre las sombras de cercano muro
Corrí a ocultarme, a contemplarla allí
Y hasta el perfume de su aliento puro
No sé si de ansia respirar sentí.

—

Era su frente pálida velada
Por rico pelo de oropel color,
Su trenza suave reluciente, ornada
Con bellas flores de fragante olor.

—

¿No es éso el alma, el porvenir, la vida
Con sus encantos de infinito bien?
La gloria, el sueño, la belleza unida
Se reflejaban en su hermosa sien.

—

Ella entre el brillo de lujosas blondas,
Perfumes, luces, esplendente tul,
Era cual nube de vistosas ondas
Sobre algún cielo trasparente, azul.

—

Ella entre flores, armonías, auras,
Himnos que el sueño de la vida son,
Entre aquel coro de lucientes galas
Era un remedo de inmortal creación

CULMINANTES

A José Blanco

I

En medio del fragor y del estruendo
De la feroz batalla,
En lo más rudo del combate horrendo,
Al golpe de la lanza o la metralla,
Lleno el pecho de bélico entusiasmo,
Rendir la vida, es bello y es glorioso.
La imagen de la patria idolatrada,
Talismán misterioso
Del corazón ardiente y generoso,
Al adalid alienta en la jornada.

II

En la cátedra, el púlpito, el desierto,
Doquiera se halle algún cerebro humano,
Por abrir la conciencia
Del desvalido hermano
Al rayo luminoso de la ciencia,
Soldado oscuro, apóstol renombrado
De alguna idea noble y gigantea,
Mártir morir por esa misma idea,
Es grandioso, es sublime.... Sólo es dado
Tan alto ejemplo de virtud hermosa

Al ánimo valiente y esforzado
Que siente en su organismo
Gérmenes de grandeza y heroísmo.

III

En la cumbre de un monte encadenado,
Desgarrada la entraña palpitante,
Llena el alma de anhelos infinitos,
Sentir el corazón desesperado,
Y en tan honda amargura
Poblar los aires de angustiosos gritos,
Sin que nadie comprenda su tortura;
Sentir que de la mente soñadora
Brotan como purísimos raudales
Los grandiosos, sublimes ideales
Que en la conciencia humana
Trasmutarán la noche en bella aurora;
Querer en su delirio
Despedazar las bárbaras cadenas
Con que el cielo eterniza su martirio,
Sin que el supremo esfuerzo y la pujanza
Del brazo poderoso
Consigan quebrantar el yugo odioso,
Y en medio a los dolores sin medida
Que matan los anhelos de la vida,
Sentir nacer más viva la esperanza....
Éso es soberbio, egregio y portentoso.

Al genio prodigioso que se encumbra
De la idea a las cimas colosales,
Y con la sangre de su cuerpo riega
El campo en que germinan sus ideales,
La historia lo eterniza
Como al titán de la leyenda griega.

IV

En cruz ignominiosa suspendido
En medio de malvados y ladrones,
Por la turba salvaje escarnecido
Y vilmente azotado;
Por sus mismos discípulos vendido,
Por sus mismos discípulos negado;
Ceñida la cabeza iluminada
Que sublima el suplicio,
En vez de la corona de victoria
Que le brinda la gloria,
Con la corona cruel del sacrificio;
Con la conciencia de su acción divina
De su pasión en la tragedia humana,
En holocausto santo a su doctrina
Martirizando su porción mundana;
Sin más anhelo que su sed ardiente
De amor a la verdad que lo devora,
Morir rogando a Dios por la inconsciente
Y soez multitud blasfemadora;
Morir rogando a Dios por el destino

De los mismos que inicuos le condenan
A aquella cruenta inmolación sin nombre,
Y con su muerte, que de afrentas llenan,
Sellar la eterna redención del hombre....
Éso ya es sobrehumano, éso es divino.
Hijo de Dios, profeta o visionario,
Cualquiera el juicio de las sectas sea,
Al que sufre en la vida su calvario
Y le mata el esclavo que redime,
Como el mártir del Gólgota sublime,
La humanidad le adora y endiosea.

V

Espíritus excelsos que inflamados
Os sentis por la llama creadora
Del alto pensamiento:
Corazones de fuego obsecionados
De alguna idea grande y redentora:
Vuestro noble ardimiento,
Vuestra santa energía,
Engendradores de gloriosos hechos,
No desmayen jamás en vuestros pechos
Ante los golpes de la suerte impía.
Para arrancar las palmas a la gloria,
Para alcanzar las cimas culminantes,
Para dejar grabadas en la historia
Las huellas del camino,
Es forzoso regarlo con la sangre
De héroe, mártir, genio o ser divino.

EN EL BAILE

Calló la orquesta,
Cesó la danza;
Tu compañero,
De tu cintura
Se desprendió.
Allá en el ángulo
De la amplia estanza,
Un caballero,
Con amargura
Triste sonrió.

—

Nadie ha sabido,
Nadie ha notado
La oculta pena
De esa sonrisa
Envuelta en hiel;
Yo que conozco
Lo que ha pasado
En esa escena,
Mi bella Elisa,
Te lo diré.

Te quiere tanto,
Tanto te adora,
Que tiene celos
De los diamantes
De tu collar,
Y hasta del rayo
De luz que dora,
Tu faz de cielo
Y en mil cambiantes
Sus luces dan.

—

Por éso, niña,
Si alguien te mira,
Si alguien se atreve
De tu almo manto
La orla a tocar,
Lleno de enojos
Ruge y suspira,
Y el dardo aleve
Del desencanto
Cambia su faz.

SONETOS A MANUEL

I

Tienes talento. Por lo mismo quiero
Que oigas la voz de la verdad severa,
Aunque hoy más ruda te parezca y fiera
Entre el coro de loores lisonjero.

Piensa ante todo que por ser sincero
Y en homenaje a la virtud austera,
A la lisonja que te halague artera
La ingenuidad de la amistad prefiero.

Caro Manuel, la turba bulliciosa
Que hoy exalta tu genio y que te cerca,
A tus pies deponiendo su albedrío,

Esa turba te engaña mentirosa:
Así obran, porque saben que se acerca
El futuro gobierno de tu tío.

II

Pasan los hombres y con ellos pasa
De la vida la farsa y la quimera,
Y el tiempo que no cesa en su carrera
Con desengaños la experiencia amasa.

Pobre de aquel que, en su ignorancia crasa
De la ruindad del hombre, cree sincera
La adulación servil con que venera
Al que favores puede dar sin tasa.

Caro Manuel: si ingrata tu memoria
Lo que *ayer* te decía has olvidado,
Benigno escucha al rudo labio mío:

¡Cuán breve ha sido la pasada gloria!
¡Cómo han huido y solo te han dejado
Ante el cadáver de tu ilustre tío!

AL DOCTOR

D. VÉLEZ SÁRSFIELD

EN EL DÍA

DE LA INAUGURACIÓN DE SU ESTATUA

Rica guirnalda de laurel y flores,
Para adornar tu frente pensadora,
En premio a tus científicas labores,
Te ha tejido Minerva protectora.

Polimnia los acentos vibradores
Te dió de su elocuencia arrobadora,
Y Temis los principios salvadores
De Equidad y Justicia bienhechora.

Hoy tu pueblo te aclama, alborazado,
Suya haciendo la gloria de tu gloria:
Ilustre sabio, austero magistrado,

Nuevo Licurgo de la patria historia;
Y en prueba de su amor, entusiasmado,
En el bronce eterniza tu memoria.

CÓRDOBA

De un hondo valle en el fecundo seno,
Cual pudorosa, tímida doncella,
Bajo un cielo purísimo y sereno
Álzase Córdoba graciosa y bella.

Allí entre altas colinas adormida
Su gentileza encubre y galanura,
Semejando a la perla que escondida
Entre la concha guarda su hermosura.

Cércanla en torno y sus preciadas flores
Con profusión la ofrecen mil jardines,
Do ostentan sus bellísimos colores
La roja rosa y cándidos jazmines.

Mansas las auras cúbrenla amorosas
Cargadas de perfumes con su manto,
Y su oido regalan bulliciosas
Aves de dulce y melodioso canto.

Para templar el enojoso estío,
Grato solaz y seductor halago
Brindan las puras aguas y el sombrío
Ramaje de su hermoso, ameno lago.

Nuevos encantos a sus gracias presta
El rico panorama que la ofrece
De su alta sierra la gallarda cresta,
Que el fecundante octubre reverdece.

Desde ella un río, al valle sonoroso
Y en raudo giro su raudal desata,
Y allí calmado, cíñela amoroso,
Cual ancha cinta de luciente plata.

Cuanta belleza el cielo en sí contiene
Allá en su cielo espléndido se aduna
Y en sus noches de amor, rival no tiene
La majestad tranquila de su luna.

Vivída lumbre de su roja frente
Destella el claro sol que la ilumina,
A cuyo rayo animador y ardiente
Vegetación ubérrima germina.

Sus hijas ¡oh! sus hijas son del cielo
Ángeles descarriados que Dios quiso
Descendieran allí para consuelo
Del que llora el perdido paraíso.

En sus chispeantes ojos encendida
Brilla de amor la pudorosa llama,
Que en sus pechos purísimos se anida
Y en casto fuego al corazón inflama.

Ellas con sus encantos seductores
Allí la vida endulzan y suavizan,
Y hacen de Córdoba un edén de amores,
Do plácidas las horas se deslizan.

LA CONQUISTA DEL CORDOBÁN

Canto guerrero árabe

—

Proto — Alí se va a la guerra
¡Rataplán!
Con un alfanje que aterrra,
Un trabuco y el Corán.

—

Montado en su árabe fiero
¡Rataplán!
Denuncia el bravo guerrero
Un califa musulmán.

—

Aire marcial y arrogante
¡Rataplán!
El enroscado turbante
Y el blanco albornoz le dan.

—

Detrás de él y muy ufano
¡Rataplán!
Va un bucéfalo nubiano,
Jinete en un alazán.

Haciendo de Sancho Panza
¡Rataplán!
Lleva el escudo y la lanza
De su amo el orangután.

—

De ambición el pecho lleno
¡Rataplán!
El caudillo sarraceno
Va soñando en ser sultán.

—

Hacia el valle se encamina
¡Rataplán!
Do se asienta la argentina,
Populosa Cordobán.

—

Sueña en huríes y esclavos
¡Rataplán!
Que sus mehallas de bravos
Ahí le conquistarán

—

Llega garboso a las puertas
¡Rataplán!
De la ciudad, que, desiertas,
Sin defensores están.

—

Entra triunfante, altanero,
¡Rataplán!

Seguido de su escudero,
El nubiano Diazasán.

—

Y en señal de señorío
¡Rataplán!
Nombra caíd al bravío
Y feroz orangután.

—

Dale por ley sus antojos,
¡Rataplán!
Por justicia sus enojos,
Y por disfraz, el Corán.

—

Desde entonces los cristianos
¡Rataplán!
Alzan las dolientes manos,
De súplica en ademán.

—

Y las bellas nazarenas,
¡Rataplán!
Sin cuidarse de sus penas
En danza y zambras están.

—

¿Qué se hicieron los guerreros?
¡Rataplán!
Qué los bravos caballeros
De la altiva Cordobán?

¿Qué fue de tantos donceles
¡Rataplán!
¿Qué de justas y laureles?
Y ¿qué de tanto galán?

—

Ya pasaron: de esas glorias
¡Rataplán!
Sólo quedan las memorias:
¡Ya nunca más volverán!

—

De Proto — Alí bajo el yugo.
¡Rataplán!
Sólo es ley la del verdugo
Y tirano Diazasán.

—

Lloren ¡ay! como mujeres
¡Rataplán!
Los cristianos, mercaderes
De la honra de Cordobán.

—

¡Viva Alá! ¡víva el gran Proto!
¡Rataplán!
Que Mahoma es un poroto
Ante este gran musulmán.

El burro poliglota

En cierto pueblo que la noble España
Poblara un día, gárrulo y ladino,
Creció un burro, que aunque un gran pollino,
Aspiró a rebuznar en lengua extraña.

— «De esta manera — dijo — me doy maña
Para ocultar que vence en mí el tocino—
Hado cruel! — al espíritu divino
Que eleva al racional de la alimaña».

Entró *primo* a servir a un siciliano,
Por ser, decía, en religión, hermano;
Depuis a un galo, y *after* a un inglés;

Y con ésto creyóse un poliglota,
Un sabio, sin *saber* el muy idiota
Que el burro, aunque hable griego, burro es.

INCITATO

En el romano imperio envilecido,
Calígula, epiléptico tirano,
Cónsul nombró del *pueblo soberano*
Al caballo *Incitato*, su valido.

Mas de ese pueblo abyecto y oprimido
Alzóse un día vengadora mano,
Y la sangre del César inhumano
Lavó ante el mundo el crimen cometido.

Yo sé de un pueblo de la edad presente,
En que a la santa libertad se adora,
Que mancillado y sin honor se siente,

Porque su amo brutal eleva ahora
Al templo de las leyes su sirviente:
¡Por Dios! ¿no habrá otra mano vengadora?

APÓLOGO

Refieren los anales
De un lugar cuyo nombre no recuerdo,
Que muerto el soberano
(Un noble león de origen africano),
Reuniéronse en acuerdo
Para elegir un rey los animales.

Lo mismo que los hombres,
En bandos divididos,
Allí surgieron tan diversos nombres
Como grupos formados o partidos.
Quien al oso quería,
Por ser de condición áspera y fiera;
Quien al manso caballo;
Aquel al toro, este otro a la pantera.
Y entre tantas y varias opiniones
Era la confusión tan estridente,
Que Júpiter Tonante,
De los seres el Dios omnipotente,
En castigo a sus locas ambiciones,
Resolvió designar el gobernante.

Empeñados se hallaban en la lucha,
Cuando absortos oyeron que decía
El irritado Dios desde su trono:
«Es en vano tan grande algarabía,
Yo nombro rey al mono».

Desde ese día en la comarca aquella
Todo fue risa, diversión y broma:
Los más graves negocios del Estado,
Las cuestiones más arduas e intrincadas
Se dejaron a un lado,
Y entre necias y sandias bufonadas,
Y entre fiestas y danzas y paseos,
Volaba el tiempo alado,
Mientras que el pueblo con dolor veía
Que a su ruina total veloz corría.

No debéis ¡oh humanos
Cual los irracionales,
Cuando vais a nombrar los soberanos
Ver sólo vuestros bienes personales;
Porque entonces los dioses con encono
Os impondrán por rey un sandio mono.

LA ROQUEADA [1]

Poema en doce cantos

Por el bachiller LUIS MONSALVO

CANTO I.º

« No las damas, amor, no gentilezas
De enamorados caballeros canto, »
Ni de insignes guerreros las proezas
Que al mundo suspendieron con espanto.
Queden para otros tales futilezas,
Que yo mi poderosa voz levanto
Para cantar la peregrina historia
De un ser más digno de inmortal memoria.

Canto al noble varón, al hijo claro
De esta dichosa tierra americana,
A aquel que dió el pasmoso ejemplo y raro
De generosa abnegación cristiana,
Dejando de la dehesa el suelo caro
Y las bolas, y el lazo, y la macana,
Para hundirse en oscuro seminario
Y llegar a escritor folicular io.

Canto, en fin, al excelso y poderoso
Roquelín de la casa de Bobones,
Vástago digno del gallego ocioso
Que en busca de oro vino a estas regiones,
Atraído por el nombre fabuloso
De *Río de la Plata*, los rincones
Apartados dejando de Galicia,
Para saciar en ellas su codicia.

—

Vosotras, moradoras de Helicona,
Celestes musas del Castalio coro,
De aquel sagrado monte una corona
Tejed en tanto. Y, tú, la lira de oro
En que Homero cantó, y en la que entona
Sus sentidos cantares Marcos Loro, (2)
Prestadme, oh gran Apolo; y, a fe de hombre,
Haré un poema digno de tu nombre.

—

Era una noche nebulosa y fría
De las penosas noches del invierno,
La luna tristemente discurría
En su plateada faz pintado un cuerno;
Enigma misterioso que envolvía
Un presagio del cielo o del averno,
Causando miedo tal entre la gente.
Que a millares murieron de repente.

La tierra espantada y suspendida
Sus múltiples rumores acallaba,
Y en lúgubre silencio sumergida
Un inmenso sepulcro semejaba;
En su interior acaso conmovida
En convulsión extraña se agitaba,
Cual si se hallara en el fatal momento
De un espantoso, horrible alumbramiento.

—

En tanto en Córdoba, ciudad famosa
Y rica en frailes, beatas y doctores,
Tan extraña visión maravillosa
Contemplando sus mansos moradores,
En situación tan grave y azarosa,
Para aplacar del cielo los furores,
Sacar en procesión determinaron
Todos los santos que en el pueblo hallaron.

—

Aterrados marchaban y llorosos
A las luces de antorchas funerarias,
Con gritos lastimeros y angustiosos
Piedad a Dios pidiendo en sus plegarias,
Cuando, entre horrendos truenos pavorosos
De súbitas tormentas y contrarias,
Atónitos oyeron un acento
Que la vaga region cruzó del viento.

Y claro, perceptible, retumbante,
El general estruendo dominando:
«Cordobeses, gritó (y en ese instante
Yertos quedaron de temor temblando),
«Cese el acerbo llanto y al semblante
«Vuelva el aspecto placentero y blando,
«Que aquesta noche de eternal memoria
«Página ilustre marca en vuestra historia.

—

«No présago fatal de fieros males
«Es ese cuerno que la luna empaña,
«Ni las otras insólitas señales
«Del cielo anuncian el furor o saña:
«Signos son de las furias infernales
«Con que Satán sus odios acompaña,
«Porque en este gratísimo momento
«Acaba de nacer un gran portento.

—

«Benigno y generoso, Dios ha oido
«Desde el seno de su alta omnipotencia
«La plegaria del orbe entristecido
«Por tanto mal. error e impenitencia
«Con que se ve hoy el justo combatido,
«Y os manda un pozo de virtud y ciencia
«Que, más sabihondo que Tomás de Aquino,
«Rehará el reino de Jesús divino.

«Roque, Roquitis, Roquelín, cualquiera
«De estos tres nombres llevará el infante,
«Y tendrá tan estrecha la mollera
«Como ancha la nariz y espeluznante,
«Grandes las fauces, la pupila fiera,
«Largas las piernas, lánguido el semblante,
«Y el conjunto un conjunto tan protervo
«Que más que a hombre se asemeje a cuervo.

—

«Nacido en vuestra patria rica y bella
«(Porque esta inmensa dicha habéis logrado)
«Y en un rincón lejano y solo de ella,
«Do la impía razón aun no ha llegado,
«Su infancia correrá sin dejar huella
«Buena o mala del tiempo allí pasado,
«Teniendo por platónico recreo
«El pastorear las vacas del rodeo.

—

«El aire de los campos con salvaje
«Vigor y fuerza nutrirá su pecho,
«Y prestará a su enérgico lenguaje
«El rugido del vendaval deshecho
«Cuando se agita fiero entre el ramaje;
«La inculta selva formará su techo,
«Y arrullarán su oido por canciones
«Los gritos de panteras y leones.

«Fuerte varón para lidiar nacido
«Y de ilustre prosapia esclarecida,
«Su belicoso instinto mal dormido
«Temprano turbará su mansa vida:
«A los senos del bosque, embravecido
«Y feroz lanzaráse en la partida,
«Trabando con las fieras guerra cruda
»Que dará rico temple a su alma ruda.

—

«Allí en el batallar cruento y diario
«Con los tigres, chacales y las hienas
«Aprenderá el arte necesario
«A *su misión sagrada*, a las faenas
«De fogoso escritor, que al adversario
«Ha de chupar la sangre de las venas:
«Que en manejar la pluma, semejanza,
«Hay con el del cuchillo o de la lanza.

—

«Mas para terminar su aprendizaje,
«Por impulso secreto y misterioso,
«Su pastoril y rústico ropaje
«Trocará por el traje religioso,
«Adiós diciendo a su mansión salvaje
«Y a sus armas y potro, y presuroso
«Correrá a sepultarse en un colegio,
«Do brillará del genio el privilegio.

«Allá buscadle. El salvador y guía
«Será de la Argentina Roma: errores,
«Irreligión, blasfemias, heregía,
«Libertad de conciencia, resplandores
«De la humana razón serena y fría,
«Sacrosantos principios salvadores,
«Todo caerá bajo su férrea mano,
«Teniendo por acólito a un Moyano».

—

Dijo, y al punto los extraños ruidos
Y el cuerno misterioso de la luna
Fueron graciosamente sustituidos
Por cantos celestiales, en que a una
Los coros del empireo allí reunidos
Cantaban de la tierra la fortuna,
Quedando de este modo con hosanas
Consagrados los golpes de macanas.

—

Los pobres cordobeses azorados,
Sin aun volver de su estupor primero,
Dudaban si gritar alborozados,
O a Dios rogar con eco lastimero,
Cuando un fraile a los tristes congregados,
Con aire sentencioso y altanero:
«¿Qué hacemos, dijo, en situación tan flaca?»
«Volvamos cada chancho a nuestra estaca».

(1) Oí referir más de una vez a mi padre que se vió obligado a hacer este canto épico y a anunciarlo como el primero de una serie de doce, por las continuas acechanzas periodísticas de que era víctima de parte de un fraile que fue muy nombrado en Córdoba, y cuyo nombre dió origen al de este poema. No lo continuó, porque bastó la publicación de este primer canto para que el malo del fraile aplacara sus iras. — N. del C.

(2) Célebre poeta cordobés.

POSTALES

A María Isabel Ángel

En bellas flores su nido
Suele vil gusano hacer,
Y contrasta a un tiempo ver
Lo hermoso a lo feo unido.
Tal idea me ha venido,
Provocándome sonrojos,
Al conocer tus antojos
De que una a tantos portentos
De tu álbum mis pensamientos,
De mi alma tristes despojos.

Mas eres mujer, María,
Y, a fuer de buen caballero,
Digo acatando tu fuero:
«Tu voluntad es la mía.
Y no llames osadía
Si agrego, al obedecerte,
Que no trocara mi suerte
De esclavo de tus antojos,
Con tal que hoy lea en tus ojos
Que he logrado complacerte»

Para María Luisa Puccio

No sé de cual de los cielos,
María, bajaste aquí;
Mas puedo afirmar que en tí
Se aunan, por causar desvelos,
La diosa, el ángel, la hurí.

—

Para Angelina Deheza

Hermosa como tú y en los albores
De la alegre mañana de la vida,
Muda contempla las pintadas flores;
Y es porque en esa edad de los amores
Cada flor pinta una ilusión querida.

—

Para María Teresa Lastra

¡Qué serios y pensativos
Están, María, esos gatos!
Se me figuran a ratos
Del hombre retratos vivos.

¡Quién sabe si esa intención
Al artista no ha guiado,
Y con gatos ha pintado
La eterna humana ficción!

Para Fanny Funes Posse

He leído o he soñado,
Que, creadas las estrellas,
Dijo Dios: «No son tan bellas
Como las he imaginado.»

Con su infinito poder
Créo en seguida las flores;
Mas no las halló mejores,
E hizo entonces la mujer.

—

A Margarita Zatzkin

Si es para el hombre gran gloria
Al cruel destino vencer,
Es mucho más meritoria
Esta acción en la mujer.

A tí, que la suerte impía,
Con implacables enojos,
Te va sembrando la vía
De la vida con abrojos;

A tí, que en la lucha cruenta
No te doblan los zarpazos
Del dolor, y en la tormenta
Marchas muy altos los brazos;

A tí, que tienes el alma
Con el temple del acero,
Y que vislumbras la palma
Tras tanto combate fiero:

A tí, con fe, yo te auguro
Horas de dicha infinita,
En un cercano futuro,
Valerosa Margarita.

—

A mi querida Madre
Doña Flavia Díaz Colodrero de Lazcano, enviándole una tarjeta postal con el retrato de Pío X.

La dulce imagen del humilde Pío,
De virtud y bondad rico tesoro,
Como un emblema de mi amor te envío,
Porque a su madre amó cual yo te adoro.

—

A la Sta. María C. Martínez Carranza.

Es la inocencia una flor
Que exhala aroma en la infancia.
¡Feliz si en edad mayor
Aun aspiras su fragancia,
Niña a quien hablen de amor!

A la Sta. Sara Echenique

Como juega con el niño
El gato de esta figura,
Así, Sara, en su locura,
Juega, fingiendo cariño,
El hombre con la fe pura.

—

A la Sta. Lola Aparicio Moyano

Cuando contemples al morir la tarde
Ardiendo el horizonte como aquí,
Piensa que existe un corazón que arde
Abrasado de amor, Lola, por tí.

—

A la Sta. María H. Argañaraz Garzón

Feliz el mortal que sabe
Orando encontrar consuelo;
Que es la oración áurea llave
Que abre las puertas del cielo.

—

A la Sta. María Isabel Posse

Quien crea que el paganismo
En la honda tumba reposa,
Que se ponga ante una hermosa
Y se pregunte a sí mismo:
Si aun Venus no es una Diosa.

A la Sta. Alicia Nydia Roque

Cuando niña, mariposa
Que liba néctar de flores;
Cuando núbil, en amores,
La mujer mariposea.

—

Para el Album
de la señora Juana del Castillo de Montes
esposa
del celebrado escritor uruguayo don Victoriano Montes

De las verdes riberas del Suquía (1)
Sacro río de incásicas memorias,
Cuyo nombre proclama las victorias
De aquella raza en apartado día,

Cojo estas flores,
Blancos azahares,
Con que tejo simbólica corona,
Y, del templo feliz de tus amores,
Como homenaje a la beldad rendido,
La pongo reverente en los altares.

(1) (Nombre indígena del Río Primero).

A María Aurelia Reyna

María Aurelia, yo sé que sueñas
Con un lejano bello país,
Que tiene alegres playas risueñas,
Muchas delicias y encantos mil.

Yo sé que ahora juzgas llegada
La hora dichosa de ir a ese edén,
Y que en ensueños a esa anhelada
Playa florida tocarla crees.

Benigno el hado nunca a tus ojos
El prisma arranque de esa visión,
Y hollando flores, jamás abrojos,
Vayas tras esa dulce ilusión.

—

(ACRÓSTICO)

Dulce flor que levanta su corola
Es la mujer para aromar la vida,
Lucero que los cielos arrebola
Y en su luz baña nuestro corazón;
Canora ave con cuya melodía
Inefable regala nuestro oido,
Ángel en fin para querer nacido:
Cumple, pues, niña, tan feliz misión.

EPIGRAMAS

Jaimes, célebre escritor,
Afirma que D. Amado
Es un gran reformador.
Es verdad: ha reformado
De un traje sucio el color.

—

¿Por qué se enfada Guiomar,
La famosa institutriz,
Y ríe su esposo Aguiar?
Porque nombra su *auxiliar*
A la graciosa Beatriz.

—

—¡Qué envidiosos mis paisanos!
El buen Carlos me decía—
Mientras que *tres italianos*
Elogian mi obra a porfía,

—Ni un escritor argentino
Me manda un aplauso ¡oh mengua!
—Porque estos saben la lengua—
Repuse; y quedó mohino.

—¡Señor! ¡señor! ¡lo busca!—¿Quién? ¿Acaso
El acreedor *aquel*?—El mismo—Bien.
Contéstale que ostoy en el Parnaso;
Que dentro un año volveré recién.

—

Cuando Troisi el italiano,
Qui parla cosi cosi
El idioma castellano,
Te dice que es soberano
Tu prólogo baladí,
No creas, Carlos hermano.

—

Criticando Valentina
La moda perjudicial
De ponerse velutina
U otro polvo artificial,

Díjome que conservaba
Sus colores virginales,
Porque ella no se aplicaba
Más que polvos naturales.

—

Que Vélez nació en Amboy,
Dice el biógrafo Eleuterio:
O hay aquí algún misterio,
O loco, Dios mío, estoy;

Pues agrega muy formal,
Casi al párrafo siguiente,
Que es Córdoba la sapiente,
De Vélez ciudad *natal*.

—

Leyendo cierto doctor
Las obras de Horacio un día,
Notó que *risun teneatis*
En cierta parte decía.

Cayóle en gracia la frase
Y al punto una obra compuso,
Y en cada hoja, en cada línea
Risun teneatis le puso.

Satisfecho de su obra,
A un amigo la mostró,
Y este con sorna su juicio
De esta manera expresó:

«Paréceme bien — le dijo—
Que el autor así prevenga,
Que para leerla es preciso
Que *la risa se contenga*».

INDICE

	Pag.
Este libro	III
J. Lazcano Colodrero	V
Mi pluma	1
Oasis	3
La sombra amiga	5
El rapto	7
Ecos de mi lira	13
A mis hijos	19
Cabo de año	21
El rosal y la fuente	27
Elección paternal	33
A orillas del Piscoguasi	35
A mi hija Ofelia	41
A un niño	45
Desencanto	49
Deseos	51
A Dolores	53
A un retrato	55
A Rogelio	57
Serenata	59

El bardo errante..... 63
A C..... 67
Culminante 69
En el baile..... 73
Sonetos a Manuel: I 75
« « « II 76
Al Dr. D. Vélez Sársfield..... 77
Córdoba..... 79
La conquista del Cordobán 83
El burro poliglota 87
Incitato 89
Apólogo..... 91
La Roqueada..... 93
Postales..... 101
Epigramas 109

AN 4 1973

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
7797
L3827
M58

Lazcano Colodrero, Javier
Mis notas

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 15 04 04 010 7